

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivá sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

JESUCRISTO.

II.

Efecto de una conspiración de pseudo-filósofos mas bien que resultado de un verdadero movimiento filosófico, los escritos y sistemas irreligiosos que tanto menudearon en el siglo décimo octavo están ya juzgados por la historia; y del severo fallo no apelan ni aun los mismos continuadores de sus sacrílegas tendencias. Como banderas desprestigiadas que solo reclutan gente perdida, no tienen mas adeptos que inteligencias rezagadas ó heridas de incurable ceguera, no engañan sino á los que á sabiendas quieren ser engañados, no envenenan sino á los que desprecian á la vez antidotos y precauciones. La mayor extensión y profundidad de los estudios históricos, el progreso de las ciencias, una crítica mas perspicaz y elevada han contribuido, como auxiliares de la polémica cristiana, á desvanecer la atmósfera artificial que envolvía á sus autores. Esos prohombres de la incredulidad, que pasaban ayer plaza de gigantes, hoy se ven reducidos á las mas vulgares proporciones; y es un hecho de todos conocido que bajo el brillante oropel de sus dotes literarias encubrian, como dice Benjamin Constant, dos cualidades siempre funestas: la ignorancia mas supina y la frivolidad mas deplorable.

Esta cita, que pudiera corroborarse con otras de no menos autoridad y valía, bien á las claras manifiesta que el tiempo no tarda en vol-

ver por los fueros de la verdad ultrajada, y que de toda culpa no está exento el que cede á los amaños de una aparente sabiduría. Así como han caído los ídolos á quienes prodigaba su incienso la generación pasada, así irán cayendo sucesivamente los que ocupen sus pedestales. Y no es necesario ser arúspices ó profetas para arriesgar semejante vaticinio. Mas pronto de lo que podían imaginarlo han llegado á verse bajo las horcas caudinas los que se jactaban de hacer pasar por ellas al cristianismo. Pero al acordarnos de estos falsos Sansones, agarrados á las columnas del templo é impotentes para derribarlo, no ponemos en olvido que hay todavía quien lo atribuye no á la vanidad del empeño sino á la insuficiencia del empuje, no á la solidez del edificio sino á la flaqueza de los brazos. No ponemos en olvido que á esos impíos á la violeta, como les hubiera llamado Cadalso, les han sucedido nuevos forjadores de teorías francamente ateas ó brutalmente materialistas: que las calumniosas diatribas, las huecas declamaciones, los satíricos epigramas de aquella incredulidad de salon, erigida en moda y sostenida por el libertinage, han sido reemplazadas por las elucubraciones de una filosofía que se cree incontrastable negando todo orden sobrenatural ó envolviéndose en las nebulosas extravagancias del panteísmo. Poco importa pues que los recientes enemigos del dogma cristiano renieguen de su árbol genealógico, si al fin se ha transmitido á ellos la saña y el espíritu de sus

predecesores. Han cambiado su plan estratégico, pero insisten obstinados en su temerario designio.

Hija del siglo diez y nueve, brotó en Alemania una nueva escuela que de todas las anticristianas es la mas seria y abriga la pretension de ser la mas formidable. Con el modesto título de *exégesis bíblica* se propone arrancar del mundo la fe divina con que son venerados los libros del antiguo y nuevo testamento, para sustituirla con una fe puramente humana, mutilada, quisquillosa é insegura. Perrechada de estudios arqueológicos y lingüísticos, coteja versiones, examina textos línea por línea y palabra por palabra, arriesga conjeturas, supone fechas, encuentra mitos, y descarta como leyendas ó esplica á su antojo todo aquello que manifiesta á las claras la intervencion divina. Con ese método analítico y pacienzudo, con la fraudulenta imparcialidad de que blasona, se imagina que ha puesto la segur á la raiz del árbol, y que merced á sus trabajos de demolicion en regla ha de venirse abajo el edificio levantado por Jesucristo. Y la plebe de los descreidos, incapaz de seguir el curso de tan árduos y enojosos procedimientos, saluda con algazara á esos nuevos maestros, y acepta y se adhiere á sus opiniones cual si fuesen las respuestas de un oráculo infalible. Pues qué! ¿Acaso está demostrada previamente la imposibilidad de un orden sobrenatural? Acaso es esta un axioma á todas luces evidente? ¿Acaso las cuestiones promovidas por estos flamantes doctores no fueron ya dilucidadas por los hijos mas eminentes de la Iglesia? Y la unanimidad de estos ¿ha de ser cosa de menos valer que el dictámen particular de un individuo, combatido por las contrarias opiniones de sus colegas y compañeros? Ah! si la incredulidad tuviese al menos la precaucion de no prestar una fe tan ciega á sus falaces pedagogos, no la alucinaria tan fácilmente el fastuoso aparato de ciencia con que se presentan revestidos. El escepticismo que abrigara respecto al error, la preservaría de su fatal ligereza en negar tenazmente la verdad. ¿Y cómo no dudar en vista del patente desacuerdo en que se ponen los que se han

empeñado en hacer pasar por el tamiz de sus argucias y reparos los monumentos primitivos de nuestra religion sacrosanta? Un sencillo ejemplo debería ser suficiente para hacerles abrir los ojos. Cuestion de no pequeña importancia para la crítica racionalista era la de fijar el orden cronológico de los tres evangelios llamados sinópticos, ya que ni aun en este punto queria atenerse á la tradicion de la Iglesia por tantos siglos respetada. ¿Y qué rayo de luz han producido sus investigaciones? Sepamos ya quien fué el primero, quien el último de los tres que narraron los portentosos hechos de nuestro redentor divino. Mas, ay! que los nombres de Mateo, Marcos y Lucas de tal manera se han invertido y barajado que han venido á resultar seis combinaciones, es decir todas las combinaciones posibles, y cada una de ellas forma la base de un sistema, y cada sistema tiene su autor y sus partidarios dispuestos á impugnar los sistemas que del suyo discrepan. Pues si esta cuestion, que al ponernos en su punto de vista podriamos llamar secundaria, cuestion de mera bibliografía, ha dado margen á tan encontrados pareceres, ¿habrá por ventura que esperar mayor acuerdo en lo que atañe mas íntimamente á los hechos singulares, al carácter asombroso, á la altísima personalidad de Jesucristo? Por una especie de aclamacion unánime se niegan á reconocerle como Dios, porque esta es su idea preconcebida, su preocupacion de escuela, el punto de partida de sus estudios que debieran conducirles á un término opuesto. ¡Francos y leales espositores los que emprenden su tarea con ánimo resuelto á no entender los sagrados textos en su literal y óbvio sentido, á no admitir aquellos que no se presten á sus violentas interpretaciones!

Mas ó menos abastecidos con el fruto de estas indagaciones llevadas á cabo con dañino intento, algunos incrédulos, confiados en los recursos de su imaginacion y de su pluma, se han atrevido á contrahacer y narrar á su modo la vida del Hijo del hombre, no queriendo aceptar sino como una espresion metafórica su inherente cualidad de Hijo de Dios. Pugnando para arrancarle esta corona indivisible

de su frente, han creído poderle ajustar al estrecho molde de la humanidad, y dando por realizada su tentativa la han anunciado al mundo cual si fuese una buena nueva. Pero ¿ignoraban estos *evangelistas* del Cristo-hombre que todo el aparato de su erudición y de su ciencia, los recuerdos de sus viajes y las galas de su estilo, la sutileza de su ingenio y la audacia de su inventiva, mal podían entrar en competencia con unos caracteres de verdad tan grandes, tan manifiestos, tan perfectamente inimitables como son los que brillan en las candorosas páginas de los primeros evangelistas? Y habiéndolas leído y examinado á su sabor, ¿cómo han podido olvidar la exclamación del filósofo de Ginebra: «no es así como se inventa, porque el autor de la historia sería entonces mas admirable que su héroe mismo?»

Tenaces en su propósito nos han presentado un Cristo de su invención, un tipo fantástico, un héroe de novela, y como Pilatos á las turbas amotinadas ellos han dicho á sus incautos lectores: *ecce homo*. Pero, ¿y qué hombre es este? hay que preguntar todavía á los seducidos por cualquiera de esos autores de evangelios truncados y contrahechos, que por fortuna no se han copiado recíprocamente. ¿Qué hombre es este? Cada uno de ellos ha creado su Jesus, lo ha fundido en la turquesa de su imaginación, le ha dotado del carácter y de las cualidades que mas convenían á su intento. Todos ofrecen á la vista un personaje del mismo nombre, nacido en la misma época, dedicado á la predicación de nuevas doctrinas, y terminando precozmente su carrera en un patíbulo afrentoso; pero al querer penetrar en las intimidades de su sér, al tentar los resortes de su poderosa energía, al interpretar los móviles de su conducta y el término de sus aspiraciones, al internar el ojo en las profundidades de su conciencia, al querer apreciar los quilates de su corazón y el origen y el caudal de sus conocimientos, al querer medir la extensión de sus proyectos, la importancia de su misión y los grados de su respeto á las instituciones existentes, entonces cada uno ha bosquejado el retrato moral de un personaje que no es el Cristo de los evange-

lios, ni el de la historia, ni siquiera el de sus cólegas racionalistas. No es el mismo individuo retratado por diversos pintores, ni siquiera en diversas actitudes. Son copias ideales de otros tantos personajes que difieren en tipo, en carácter y en fisonomía. Pues ¿qué hombre es este? cuál es el retrato que habeis elegido para resolver el importante problema: *Quién es Jesucristo?* Pero entonces, ¿cuál es el criterio á que os habeis sugetado en esta elección? sobre qué motivos fundais vuestra preferencia? habeis atendido y pesado en imparcial balanza las razones y los argumentos de los que os muestran á Jesus como un hombre diferente? habeis contestado á sus objeciones? ¿O acaso vosotros, que con tanta ligereza como orgullo rehusas someteros al juicio de la Iglesia, otorgais la infalibilidad á vuestro autor favorito? ¿Blasonais de libre-pensadores, y entregais las riendas de vuestro pensamiento al primero que alarga el brazo para cogerlas? La libertad trae consigo una condición onerosa: al admitir el principio del libre exámen, se debe aceptar el trabajo y la molestia de examinar friamente las cuestiones, y no decidirse por una idea sino en vista del número y de la solidez de las razones que la abonan al paso que desvirtúan y aniquilan las razones aducidas por sus antagonistas. ¿O será que despues de haberos llenado la boca con la dignidad é independencia de la razón humana, reducís la vuestra á la condición de veleta que marca su dirección conforme el viento que sopla?

Afirmáis que Jesucristo no fué mas que un hombre; pero ¿qué hombre es este? El Jesus de Renan no es el de Salvador, el de Salvador no es el de Strauss, el de Strauss no es el de otros racionalistas que han tomado la vida por de él tema de sus investigaciones. Y sin embargo el Jesus de la historia, ya le reconocéis como Hombre-Dios, ya le mireis como mero hombre, no puede ser mas que uno. Y si tratáis de desembarazaros de toda consideración respecto á su carácter y á su fisonomía moral, si pretendéis limitar vuestra creencia á los únicos hechos y circunstancias en que sus audaces biógrafos se hallan contestes, si

arrancais del sagrado evangelio tantas páginas, estas porque son calificadas de mito y las otras de leyenda, si suprimís tantas frases porque están íntimamente ligadas á pasajes que tratáis de apócrifos, si por consecuencia indeclinable tantas lecciones de sublime enseñanza pueden ser igualmente supuestas, si veis aquí la mano de Pedro, allá la de Pablo, mas allá las teorías del discípulo predilecto; entonces vuestro símbolo ha de encerrarse en la sola aparición de un hombre en Judea, que floreció en los tiempos de Tiberio, predicó no sabeis qué doctrinas y padeció muerte bajo el poder de Poncio Pilatos. Pero entonces Mr. Havet os dice que una historia de Jesus reducida á tan diminutas proporciones sería la mas falsa de todas las historias.

Que los paladines de la crítica heterodoxa se dejen llevar de un ciego afecto á los engendros de su imaginación, que se figuren haber levantado con sus nocturnas elucubraciones un faro para la humanidad errante, que nuevos Pigmaleones se enamoren de la estatua que han labrado y desconociendo su naturaleza de piedra la crean dotada de sangre, fuerza y vida, poco es de extrañar atendidos los halagos y sugerencias de la vanidad paterna; mas ¿no debiera ser tan extraño como en realidad es lamentable, que semejantes ilusiones tengan tanto de enfermedad pegadiza, y que tantas inteligencias que blasonan de independientes se dejen uncir al carro de su fatal proselitismo? Los que con tanta avidez se lanzan á devorar las obras de los adversarios del cristianismo ¿no deberían preguntarse si proceden con sinceridad mostrándose tan negligentes y desdeñosos con los profundos escritos de sus mas sabios apologistas? ¿Es prueba de buena fe regodearse en aquellas lecturas y esquivar las que pulverizan sus capciosos argumentos? es prueba de buena fe tener tan blando y dispuesto el oído izquierdo, y tan duro é impenetrable el derecho? Si de buena fe buscasen la verdad... Ah! si la buscasen ¿cómo pudieran decir la voz del mismo Jesucristo que esclama: *Si veritatem dico vobis quare non creditis mihi?*

T. AGUILÓ.

LA MORAL Y EL DERECHO (*).

(CONCLUSION.)

Llegamos á la parte última de las tres en que consideramos dividido el libro que nos propusimos analizar; en la cual demuestra su autor con grande copia de razones, que el catolicismo es la única fuente de libertad, el solo principio vivo y fecundo de progreso y de gloria. El Sr. Muñoz y Garnica ve al derecho herido de muerte en la sociedad moderna, que nada puede hacer por él; porque el derecho vive de la verdad, y la verdad supone principios elementales, ciertos, fecundos en consecuencias aplicables á todas las relaciones de la vida considerada principalmente en el orden social; principios de que carece la sociedad moderna, especie de hijo pródigo que ha gastado en vivir *luxuriose* la rica herencia transmitida por los siglos de sé anteriores á la protesta de Lutero. ¿En dónde podrán salvarse el derecho y la libertad que están á punto de perecer á manos de la política liberal, de las sectas y de la filosofía incrédula? Solo en aquel arca pueden salvarse, donde están depositadas las sagradas tradiciones y enseñanzas que proceden de la verdad misma por esencia; solo en la Iglesia de Jesucristo, arca verdadera de alianza, donde jamás entró ni puede entrar ni una sola gota del diluvio de errores en que irremisiblemente perece toda sociedad y todo individuo, que rechazando este auxilio sobrenatural ponen en sí mismos el principio de la salud.

El libro del Sr. Muñoz y Garnica está sembrado de muchas y notables citas de escritores contemporáneos, que nuestro siglo oye como á oráculos; hé aquí una tomada de Mr. Thiers:

«Se creía que dejándose á la verdad luchar á brazo partido con el error, la verdad triunfaria. Teníase en nuestra libertad una confianza que ya no se tiene.»

Ya no se tiene por los que han abierto los ojos ante los sucesos contemporáneos, cerrándolos antes y quizá todavía á la divina enseñanza que nos repite el Sr. Muñoz y Garnica, añadiendo á la observación de Thiers:

«¡Pues ya lo creo! para que la verdad tuviera ese poder, seria menester que el hombre fuere inocente.»

En suma hay necesidad de escribir en toda constitución que «el bien y la verdad han de ser protegidos.»

(*) Véanse los números 51 y 55.

Y añadir este otro principio: «El bien y la verdad solo puede contemplarlos en toda su integridad, perfección y belleza la razón humana ilustrada de la fe divina y sometida á la regla infalible de lo verdadero y lo justo, que es la Iglesia católica.» — Aunque bien mirado este negocio, las constituciones hechas *á priori* por los sofistas, jamás darán entrada á la luz que aborrecen.

Haciendo aplicaciones á la política, el autor trae bellísimas reflexiones. Así por ejemplo, refiriéndose al insostenible estribillo de *los fines de la vida*, que en mal hora aprendió la revolución del difunto Sanz del Río, nos dice:

«Tendiendo la vida presente á la futura, yo bien veo que la ley religiosa tiene que ser la ley de la vida humana. Desechar la revelación y sumergirse en el orden de la naturaleza, es un despropósito; porque la naturaleza ha buscado siempre una revelación. Yerran pues los poderes civiles, cuando prescindiendo del fin último del hombre, dicen para sí: *vamos á realizar los fines de la vida humana.*»

Hé aquí otro pasaje que verdaderamente nos encanta:

«Sin la religion no hay sociedad. Los antiguos lo dijeron: lo vemos nosotros. Si lo *sobrenatural* se desecha, es imposible que nadie conciba el *unum corpus politicum et civile*, que realizó á maravilla el genio de la religion en la sociedad cristiana. ¿Cómo pueden hacer guerra á lo *sobrenatural* los que saben lo mismo que nosotros que todo gobierno, toda sociedad, toda civilización ha descansado siempre sobre las creencias religiosas?»

Muy embarazados nos veríamos si quisiéramos elegir nuevos pasajes, donde todos merecen ser leídos: tenemos pues que dejar al lector que goce íntegro el deleite de verlos todos unidos espresando un solo pensamiento en el libro que analizamos. Su autor nos permitirá, sin embargo, que antes de concluir este modesto artículo, hagamos un leve reparo acerca de la idea de lo *sobrenatural*, que no nos parece bien definida en su preciosa obrita. Estas son las palabras del Sr. Garnica: «Si Dios es creador de la naturaleza, será *sobre la naturaleza*: he aquí lo *sobrenatural* (1).» Y en la página siguiente añade: «que lo *sobrenatural* se ha revestido de lo natural para hacerse palpable y allanar el camino á la fe. Lo *sobrenatural* ha bajado del cielo; Dios se ha humanado.....» En estos lugares vemos únicamente en Dios el concepto de lo *sobrenatural*, que segun doctrina generalmente admitida en la filosofía cató-

lica se echa de ver en el orden de las cosas criadas, denotando en ellas algo que escende los límites de lo simplemente natural. Lo *sobrenatural* sobrepuja ciertamente; como dice muy bien el Sr. Garnica, á toda la naturaleza criada; pero no por esto es el mismo Dios, sino un efecto de su omnipotencia, el cual sobreviene en el orden mismo de las cosas naturales. Lo *sobrenatural* no denota pues una simple relacion segun la cual Dios está sobre la naturaleza, sino, dando por implícitamente cierta esta verdad, es un hecho verificado en una naturaleza criada, pero hecho tal que ni la misma naturaleza donde pasa, ni otra ninguna criada pueden producir. *Sobrenatural* es, por ejemplo, un don cualquiera que recibe el hombre en el orden de la gracia, don que ni la naturaleza exige, ni de la naturaleza procede; y esta es la razón de ser llamado *sobrenatural*. «En este sentido Dios mismo, dice á este propósito el ilustre san Severino, no es ni puede ser llamado *sobrenatural*, sino debe ser dicho *natural*, como realmente dijeron de él san Agustín, san Anselmo y la mayor parte de los padres, atento que considerado en sí, ó como se dice en las escuelas *formalmente*, es natural en él el infinito piélago de ser, por el cual sobrepuja infinitamente á todas las naturalezas criadas y contiene en sí todas las perfecciones de ellas. Puede, sin embargo, decirse *sobrenatural* en orden á las criaturas, como dijeron san Dionisio Areopagita y san Juan Damasceno, porque su ser no se contiene en la esfera de las cosas naturales, sino á todas las perfecciones de estas las encierra en sí por un modo infinitamente mas excelente (2).» Por donde se ve que la noción que da el señor Garnica acerca de esto, es sobremanera incompleta, pues considera únicamente en Dios lo *sobrenatural* que debe considerarse mas propiamente en las cosas criadas, aunque como efecto superior á toda fuerza criada, y que solo en el sentido espresado puede atribuirse al mismo Dios. De todos modos es muy bello lo que añade el señor Garnica diciendo: «Somete tu entendimiento al yugo de la fe; este obsequio es razonable, pues así como Dios tiene un poder absoluto sobre el mundo de los cuerpos, del mismo modo tiene derechos absolutos sobre el mundo de los espíritus.»

Concluyamos de una vez, mas sea con palabras del libro cuya lectura encarecemos, libro todo él lleno de excelente espíritu, de hermosas razones, de no se qué claridad suave que brilla en sus páginas:

(1) Diálogo 13, pág. 140.

(2) I principali sistemi della filosofia sul criterio §. 11, pág. 59.

«No hay filosofía, si no es el conocimiento de las cosas divinas; Dios es eternamente el fundamento de la moral, la fuente de la libertad y del derecho. Dios es la clave de todos los enigmas; Cristo es la explicación de todos los misterios. El que sepa leer en la naturaleza, en la ciencia, en la historia, en las artes, y hasta en los usos y costumbres más generales, encontrará lo sobrenatural y divino. Fuera del cristianismo, la verdad completa no se encuentra: si se prescinde del fundamento religioso, si el orden sobrenatural se relega al mundo de las quimeras, ningún otro principio puede ser el cimiento de una constitución política: riéte del decantado progreso; no puede haber más que desdichas y calamidades.»—J. MANUEL ORTÍ Y LARA.

(De la Ciudad de Dios.)

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EL TRABAJO.

Nutrida de sólidos principios, correcta y llena de lógicas deducciones fué la disertación que sobre este tema pronunció el abogado D. Pedro Alcover.

Desenvolver con precisión y claridad la idea del trabajo bajo el punto de vista cristiano, atribuyendo los errores y extravíos de las escuelas socialistas á la falsa apreciación de considerarlo como un derecho y no como un deber, y rebatir una por una las distintas y halagüeñas formas con que revisten y engalanan su anárquica doctrina, es la tarea que se impuso.

Después de un breve exordio, explicó la teoría cristiana, diciendo: «Todos los que me escucháis conocéis perfectamente lo que es la idea primordial del trabajo bajo el punto de vista cristiano: antes que un medio de procurarse la subsistencia, y por consiguiente antes que un derecho, es un deber impuesto á la humanidad como una pena en castigo de una gran transgresión. «Con el sudor de tu rostro comerás el pan» dijo Dios al primer hombre después de su vergonzosa caída; pero por medio de esta ley fecunda, como todo lo que proviene de Dios, abrióse ancho campo á la actividad y á la iniciativa del hombre, poniéndole en aptitud de dominar á la naturaleza y de cooperar al mismo tiempo á su rehabilitación para la vida futura.

«Pues bien, esta idea fundamental del verdadero trabajo ha sido deliberadamente falseada, y á la fórmula santa que prescribía al hombre el deber indeclinable de trabajar constantemente no tanto para procurarse su subsistencia como para espiar y merecer, se ha substituido la fórmula sensualista de «trabajar para gozar:» de este modo ha sido desnaturalizado y aun degradado ese trabajo, limitándolo á los fines de la vida material y prescindiendo

por completo de la vida moral que es la verdadera vida humana.»

Fundándose en estos principios combatió la igualdad social absoluta, demostrando: «que un nuevo repartimiento individual de la riqueza daría como resultado inmediato la nivelación de la miseria, puesto que en la vecina Francia más rica que nuestra España se sabe que el producto de la riqueza general no alcanza á dar 75 céntimos de franco por individuo, y como fin próximo la misma desigualdad que se pretende evitar, la cual habría de nacer precisamente no solo de la torpeza, holganza, disipación y vicios de los unos, sino de la mayor aptitud y actividad, de los ahorros y buenas costumbres de la mayoría del cuerpo social.»

Con más profundidad y detención examinó las teorías que tienen por base *el derecho al trabajo*, considerándolas como menos radicales, más temibles y seductoras. Hizo una razonada separación entre el derecho de trabajar que calificó de sagrado y el derecho al trabajo, definiéndolos así: «el primero es un derecho imperfecto que la sociedad ó el estado dejan satisfecho con la libertad concedida á todos y á cada uno de dedicar sus esfuerzos á la industria que mejor les cuadre sin obstáculos de ningún género, con tal que no se oponga á la moral ni á las buenas costumbres, ni aniquilen ó amenagüen el derecho de los demás;» el segundo como lo entienden los economistas «dejos de ser un medio para fomentar la riqueza contribuye á cegar el manantial más fecundo de ella, y los estados que lo consagran marchan á la bancarrota y tal vez á la disolución social, porque es en sí el germen de la discordia entre los ciudadanos, cuyos derechos é intereses pone en lucha.»

Ocupóse luego en averiguar si por medio de la asociación se lograba resolver el problema, comenzando por sentar respecto á este punto su doctrina y pasando luego á combatir las aspiraciones socialistas del centro internacional de obreros, de las sociedades que tienden á suprimir el patron ó maestro, y de las que bien pueden llamarse clubs de imposición y de fuerza ya que tienen por objeto exigir aumento de salario.

El corto espacio de que podemos disponer no consiente que nos ocupemos de las fecundas deducciones que sacó ni de los irrefutables argumentos con que apoyó sus razonadas afirmaciones, teniéndonos que contentar con transcribir alguno de sus rectos juicios sobre tan importante materia.

«La asociación abstractamente considerada es muy recomendable porque suple la insuficiencia de los esfuerzos individuales; por esto se aviene tan perfectamente con la naturaleza misma del hombre cuya debilidad corrige y vence. El mútuo auxilio para conllevar la vida, tan llena de necesidades, y la reciprocidad de nuestros esfuerzos para cumplir mejor nuestros deberes, aconsejan y abonan la asociación: la familia y la sociedad en general ¿son acaso otra cosa que asociaciones naturales? Y la Iglesia nuestra madre con sus múltiples asociaciones de

caridad y de oración ¿no nos ofrece insignes ejemplos del uso santo que de esta gran fuerza puede hacerse? Pero desgraciadamente no se han seguido ni se siguen estos ejemplos en las asociaciones proyectadas y aun ensayadas en nuestros días con el pretexto de favorecer á la clase obrera. El lenguaje que usan sus panegiristas, la conducta que observan, y sobre todo ese divorcio absurdo que establecen entre sus teorías y la fe religiosa, me autorizan para calificarlas de mero pretexto. ¿Es posible que haya quien crea de buena fe que por estas ni por otras vías mas ó menos razonables se vaya al bienestar general ni siquiera á la estinción del pauperismo? Escrito está que siempre habrá en el mundo ricos y pobres; y si deprimiendo el sentimiento religioso se arranca del corazón de los unos la caridad hija del cielo, y se suprime en los otros la idea del sacrificio y de la resignación, ¿dónde encontrarán los desheredados la fuerza necesaria para sobrellevar su infortunio? La desesperación ó el embrutecimiento, ó ambas cosas á la vez, es todo lo que les espera al ver que no llega jamás el cumplimiento de promesas tan seductoras como fálices.

«Mas no creais que sean condenables en absoluto todos los esfuerzos que se hagan por medio de esa mancomunidad que se llama asociación, algunas hay que la experiencia abona y otras que son dignas del estudio y la meditación: tales son las cajas de ahorros, los socorros mútuos, las que aspiran á proporcionarse cómodas viviendas y las de abastecimiento y consumo. ¿Pero se resolverá acaso por ellas ni por otros medios puramente humanos el problema planteado en nuestros tiempos? Presunción vana sería el esperarlos: tales ensayos ni otros semejantes no pueden conducir al mágico resultado que en sus pomposos programas nos ofrecen los modernos agitadores: ni siquiera el alivio de las clases pobres será nunca posible sin la reforma de las costumbres y la práctica sincera de las virtudes cristianas: solo con el esfuerzo y la perseverancia, con la templanza y la sobriedad es posible la economía y por ella el ahorro, medio supremo para conquistar el bienestar apetecido. ¿Y dónde encontraríamos la fuerza y el vigor indispensables para hacer que renazcan estas virtudes sino en el seno de nuestra religión sacrosanta. única que ha sabido inspirarlos? Comprendiéndolo así una de las pocas asociaciones de obreros que han podido subsistir y aun prosperar en la populosa capital de Francia, tuvo la previsión bastante para consignar en sus estatutos, como condicion indispensable en los asociados, la de profesar la religión católica. Ya lo veis pues, fuera del catolicismo que ha santificado el trabajo y cuya severa moral exige indistintamente á los pobres y á los ricos la abnegación, el desprendimiento y el sacrificio; á los pobres para que se resignen al paso que se esfuerzen y perseveren, y á los ricos para que se contengan en sus goces y renuncien á lo superfluo en beneficio de sus hermanos, no hay prosperidad posible, ni solución verdadera para la gran

cuestión social suscitada en nuestros días con el pretexto de organizar el trabajo.»

Hoy continuará D. Raimundo Sureda Pro. la serie de sus conferencias sobre las disposiciones naturales del hombre para la fe. En seguida se cantará á toda orquesta por la sección filarmónica el *Stabat Mater* de Rossini.

CRÓNICA DEL CONCILIO.

CONGREGACIONES GENERALES.

El miércoles 23 de marzo se celebró la xxxii congregación general en la basílica Vaticana. El tiempo estaba lluvioso: sin embargo una gran muchedumbre de gente había acudido al templo para ver la entrada de los obispos en el concilio.

La reunión empezó como siempre, por la misa que celebró el señor arzobispo de Trani, Nazaret y Barleta; en la sesión anterior la había celebrado el arzobispo de Amadia del rito caldeo.

Rezada la plegaria de costumbre, continuó la discusión sobre el prólogo del primer *schema* de *Fide*, y revisado hablaron los reverendos señores Caixal y Estrada obispo de Urgel, Ferri obispo de Casal, Meignan obispo de Chalons, Magnazco obispo de Bolina *in partibus*, Uhelan obispo de Wheeling (Estados-Unidos), Haynald arzobispo de Colocza y Bath, y Filippi obispo de Aquila.

Después empezó la discusión por capítulos, y hablaron los reverendos señores Ballerini patriarca de Alejandría por el rito latino, Gandolfi obispo de Corneto y Civita-Vecchia, Caixal obispo de Urgel (segunda vez), Ferri obispo de Casal (id), Dubar obispo de Canata *in partibus*, y Jogarazy obispo de Transilvania.

El cardenal de Angelis levantó la sesión á la una, anunciando otra para el día siguiente.

El concilio dió licencia para ausentarse por causa de salud al señor obispo de Nueva-Pamplona en la América meridional.

La xxxiii congregación general empezó á las nueve de la mañana del día 24, diciendo la misa el señor arzobispo de Twam (Irlanda). Después de la oración *Adsumus Domine*, continuó la discusión sobre el capítulo 1.º del *schema*, y hablaron los reverendos señores Salvado obispo de Puerto-Victoria (Australia), Hefele obispo de Rottemburgo, Dubreuil arzobispo de Avignon, Ullathorne arzobispo de Birmingham, Clifford obispo de Clifton, Everard obispo de Treveris, Ramadié obispo de Perpignan, y Gastaldi obispo de Saluces.

Terminada la discusión del capítulo 1.º empezó la del 2.º y hablaron los reverendos señores Melchers arzobispo de Colonia, Meuriu obispo de Ascalon vicario apostólico de Bombay (Indias Orientales), Ballerini patriarca de Alejandría, Ricciardi arzobispo de Reggio, Gelabert obispo de Paraná, Gandolfi obispo de Civita-Vecchia, y por último el señor arzobispo de Zaragoza, como individuo de la comisión de *Fide*, habló para responder á algunas observaciones.

La sesión se levantó después de la una, anunciándose la siguiente para el sábado 26.

Durante la sesión se distribuyeron á los padres el nuevo texto del prólogo y capítulo 1.º del *schema* que se discutía y las observaciones hechas por los padres que han hablado. En una de las próximas congregaciones votarán definitivamente los padres este prólogo y capítulo 1.º, y adoptarán ó rechazarán las enmiendas, observaciones y correcciones hechas. Es de esperar pues que pronto haya solemne promulgación de decretos.

La segunda discusión oral sobre el primer *schema* de *Fide* terminará pronto.

Lo mas probable es que el concilio no tenga vacaciones por Pascua. Los padres manifiestan gran empeño de continuar asiduamente los trabajos conciliares.

Como estaba anunciado, el sábado 26 se celebró la xxxiv congregacion general empezando á las nueve de la mañana.

Despues de la misa y de rezar la oracion *Adsumus Domine*, el reverendo Sr. Simor primado de Hungría, miembro de la comision de *Fide*, subió á la tribuna y espuso de nuevo con admirable facilidad de elocucion los motivos que ha tenido la comision para hacer algunas correcciones y modificaciones en el primer *schema* del dogma.

En esta congregacion se debian haber votado las enmiendas presentadas al prólogo y primer capítulo del *schema*; pero mientras que un oficial del concilio leia los párrafos del decreto que arreglan lo referente á las votaciones, se anunció con gran satisfaccion de la asamblea que todas las enmiendas habian sido retiradas.

Entonces continuó la discusion sobre el capítulo segundo, y hablaron los reverendos señores Filippi obispo de Aquileya, Caixal y Estrada obispo de Urgel, Amat obispo de Monterey, Rota obispo de Guastalla, Pettinari obispo de Troce, Martinez obispo de la Habana.

El señor obispo de la Habana, de quien se dijo otra vez que habló en el concilio que se habia espresado con una firmeza de doctrina y una elocuencia admirables, ha cautivado tambien esta vez la atencion de los padres del concilio, segun se asegura en Roma. Habla el latin como el obispo que mejor haya hablado. Dícese que en la congregacion del 26 nuestro venerable compatriota, con varias sentencias de la sagrada Escritura que pronunció con voz conmovida, destruyó ciertas teorías de contemporizacion con el error, como las que se encuentran en ciertos escritos, folletos y discursos.

En esta congregacion se distribuyeron impresas á los padres las observaciones hechas en las sesiones anteriores sobre el *schema* que se discute, las cuales debian ser votadas en la congregacion siguiente. Dícese que el papa quiere que haya promulgacion solemne de decretos antes de Pascua.

Se celebró la xxxv congregacion general el 28 de marzo á la hora de costumbre. Despues de la misa y de la oracion *Adsumus Domine* rezada por el cardenal presidente, continuó la discusion sobre el 2.º capítulo del *schema*.

Hablaron sucesivamente los reverendísimos Sres. Cuesta y Maroto obispo de Orense, Gastaldi obispo de Saluces, Ghajat arzobispo de Amadia rito caldeo, Vespaziani obispo de Fano, Maret obispo de Sura *in partibus* decano de la Sorbona galicana de Paris, Faiet obispo de Brujas, y Salvado obispo de Puerto-Victoria.

Dícese que el señor Maret hizo ardientes protestas de su amor y adhesion á la santa sede, pero nada habló de sus famosos libros galicanos.

En esta sesion se distribuyó á los padres el *Proemium*, segunda vez modificado.

Terminó la discusion del capítulo 2.º, y para el dia siguiente se anunció la del 3.º, de manera que pronto acabará la discusion del *schema* que tiene cuatro capítulos.

Dícese en Roma que la discusion que empezó el sábado, xxxiv congregacion, sobre el ontologismo, tendrá satisfactorias consecuencias y pondrá fin para siempre á las grandes controversias que se han suscitado sobre estos puntos.

Se asegura que el lunes santo habrá sesion pública para la promulgacion de decretos.

En la basilica Vaticana el dia 29 de marzo se celebró la xxxvi congregacion general. Dijo la misa el señor obispo de Alejandria: en la anterior la habia dicho el señor arzobispo de Tarragona.

Rezada la oracion de costumbre se votó el *Proemium* del *schema* de *Fide* que habia sido ultimamente enviado á la comision correspondiente para su redaccion definitiva. Este *Proemium* fué aprobado por unanimidad.

Despues de este primer voto el señor obispo de Brixen (Tirol) subió á la tribuna y en nombre de la comision de *Fide* esplicó clara y perfectamente el pensamiento de esta,

tanto sobre los dos párrafos y los cánones del primer capítulo del *schema*, como sobre las modificaciones presentadas por diferentes padres á este cap. 1.º, y que eran cerca de 50.

Para mayor facilidad y claridad el señor obispo de Brixen dividió estas modificaciones ó enmiendas en tres grupos; hablando separadamente de ellos, esplicando los motivos que tenia la comision para aceptarlos ó rechazarlos.

Cuando el orador acababa de hablar sobre cada uno de los grupos, se votaban las enmiendas que contenia, habiendo segun el decreto doble votacion para cada una, es decir, primero se levantaban los padres que la aceptaban y permanecian sentados los que no la aceptaban, y despues se levantaban estos y aquellos se sentaban.

Los padres están muy contentos del resultado de esta sesion, porque las enmiendas han sido aprobadas ó rechazadas casi por unanimidad: todas, segun el dictámen de la comision, que como se vé interpreta perfectamente el pensamiento del concilio.

Evidentemente viene la paz, dice una correspondencia, y el paso dado por el reverendo Sr. David obispo de Saint Brieux es una prueba de ello. Puedo dar detalles de la tierna entrevista verificada entre el papa y este prelado.

El reverendo Sr. David, reflexionando sobre su carta al padre Gratry, quiso hablar al papa y pidió una audiencia, añadiendo que deseaba obtener una bendicion para siete sacerdotes de su diócesis. Concedida la audiencia, el obispo se presentó acompañado de siete sacerdotes en las salas del Vaticano, y avisado Pio IX le hizo entrar en su gabinete ántes que á los demas. Levantándose de su asiento, Pio IX salió con los brazos abiertos al encuentro del obispo, y abrazándole estrechamente, le dijo, segun se asegura: «Hermano mio, amigo mio, no hablemos de lo que á ambos ha podido afligirnos.»

Pero el reverendo Sr. David quiso humillarse, lo cual era y será siempre el mejor medio de elevarse en el concepto de los hombres y á los ojos de Dios. Al cabo de veinte minutos, Pio IX tocó un timbre, y mandó que entraran los sacerdotes de la diócesis de Saint-Brieux, mostrándose á ellos con encantadora gracia, ensalzando á su obispo y accediendo á sus peticiones.

Por lo demás, si Pio IX se muestra lleno de fraternal dulzura para con los obispos, en frente de los gobiernos toma una actitud inquebrantable. No concederá nada, absolutamente nada á la intimidacion, y arreglará los asuntos de la Iglesia con la Iglesia, sin admitir la intervencion del elemento secular en el concilio.

El domingo 27 se instaló en Artá con numerosa asistencia la Asociacion de católicos, que es la cuarta que en esta isla se ha establecido, abriendo desde luego escuelas nocturnas.

El lunes 4 por la tarde recibió con la mayor solemnidad el bautismo un inglés enfermo en el hospital de esta ciudad, quien despues de diferentes amonestaciones y de la lectura de varios libros abjuró los errores de la secta luterana; y el mismo dia se le administró la santa Eucaristia.

Erratas de la poesia del número anterior.

Estrofa 1ª	vers. 6	Rendido	léase	Rendida.
	11	Querian	léase	Que rian.

CONSIDERACIONES SOBRE LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLÓ JESUCRISTO EN LA CRUZ

POR D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Se ha tirado en estos dias la tercera edicion.—Véndese en la librería de Guasp á tres reales.

PALMA.—Imprenta de Guasp.